

La sangre no deja mancha en la capa gris de un centinela. No lo supe hasta el día que vi a Morgan, el segundo al mando de los centinelas del Consejo Blanco, alzar su espada sobre la figura arrodillada de un joven culpable de practicar magia negra. El chico, de dieciséis años como mucho, gritó y despotricó en coreano desde debajo de su capucha negra, derramando odio e ira por la boca; la juventud y su poder le hacían estar convencido de que era inmortal. Ni siquiera se dio cuenta cuando la hoja descendió hacia su cuello.

Lo cual fue una pequeña bendición. Una bendición microscópica, en realidad.

La sangre formó un arco escarlata en el aire. Yo no me encontraba ni a tres metros de la escena. Sentí las gotas calientes en una mejilla y el lado izquierdo de mi capa se vio rociado de manchas de un tono rojo furioso. La cabeza cayó al suelo. La tela que la cubría no dejó de moverse, como si la boca del muchacho continuara gritando maldiciones.

El cuerpo cayó de lado. Un músculo de la pantorrilla tembló espasmódicamente y luego se detuvo. Pasados unos cinco segundos, la cabeza también.

Morgan se quedó de pie durante un momento junto a la forma inmóvil. La brillante espada de plata del Consejo Blanco de Magos simbolizaba la justicia en sus manos. Además de él y yo, estaban presentes una docena de centinelas y dos miembros del Consejo de Veteranos: el merlín y el que una vez fuera mi mentor, Ebenezer McCoy.

La cabeza cubierta cesó sus débiles movimientos. Morgan miró al merlín y le hizo un gesto con la cabeza. El merlín lo imitó.

—Que encuentre la paz.

—Paz —corearon todos los centinelas al unísono.

Excepto yo. Les di la espalda y solo me dio tiempo de alejarme un par de pasos antes de vomitar en el suelo del almacén.

Me quedé allí temblando durante un momento hasta que estuve seguro de que había terminado, entonces me enderecé lentamente. Sentí una presencia que se acercaba a mí y al levantar la vista vi que se trataba de Ebenezer.

Era un hombre anciano, calvo excepto por unos pocos mechones de pelo blanco, de baja estatura, robusto, con la cara medio cubierta por una barba gris que le daba un

aspecto feroz. La nariz, las mejillas y el cuero cabelludo eran rojizos, a excepción de una reciente cicatriz de color púrpura en la mollera.

A pesar de tener varios siglos de edad se desenvolvía con una vibrante energía y sus ojos parecían alertas y pensativos detrás de la montura de oro de sus gafas. Llevaba la vestimenta negra oficial propia de las reuniones del Consejo, rematada por la característica estola morada de los miembros del Consejo de Veteranos.

—Harry —dijo en voz baja—, ¿te encuentras bien?

—¿Después de una cosa así? —gruñó en un tono lo suficientemente alto para asegurarme de que todos me oyeran—. Ahora mismo nadie debería encontrarse bien en este condenado edificio.

Sentí una tensión repentina en el aire detrás de mí.

—No, no —dijo Ebenezar. Le vi mirar hacia atrás, a los otros magos allí presentes, con la mandíbula dispuesta en una mueca obstinada.

El merlín se acercó a nosotros, también ataviado con las ropas formales y la estola. Su aspecto era el propio de todo mago que se precie: alto, cabello y barba blancos y largos, unos penetrantes ojos azules y la edad y la sabiduría talladas en el rostro.

Bueno. Al menos la edad.

—Centinela Dresden —dijo. Tenía la voz sonora de un capacitado orador y hablaba con un acento británico de clase alta—. Si disponía de alguna evidencia que probara la inocencia del chico, debió haberla presentado durante el juicio.

—No la tenía y lo sabe —le contesté.

—Su culpabilidad fue demostrada —dijo el merlín—. Yo mismo vi su alma. Examiné a más de dos docenas de mortales cuyas mentes había alterado. Tal vez tres de ellos recuperen algún día la cordura. Obligó a otros cuatro a suicidarse, y además había escondido nueve cadáveres de las autoridades locales. Todos ellos tenían relación de sangre. —El merlín dio un paso hacia mí y el aire en la sala se tornó súbitamente cálido. Sus ojos brillaron con una ira azul y su voz retumbó con un poder profundo e inquebrantable—. Los poderes que usó ya le habían destrozado la mente. Hicimos lo que era necesario.

Me di la vuelta y me enfrenté al merlín. No alcé la mandíbula y traté de mantener la vista baja. No había nada beligerante o desafiante en mi postura. No mostraba enfado en mi cara ni se palpaba falta de respeto en mi tono cuando hablé. Los últimos meses me habían enseñado que el merlín no había conseguido su trabajo a través de un anuncio en el periódico. Era simplemente el mago más fuerte del planeta. Y tenía talento, habilidad y experiencia para acompañar aquella fuerza. Si alguna vez llegara a las manos mágicas con él, no quedaría suficiente de mí ni para llenar una bolsa de patatas fritas. No estaba buscando pelea.

Pero tampoco me amilané.

—Era solo un chico —le dije—. Todos lo hemos sido. Cometió un error. Igual que todo el mundo.

El merlín me miró con una expresión clasificable en algún lugar entre la irritación y el desprecio.

—Usted sabe bien lo que el uso de la magia negra puede hacerle a una persona —dijo. El maravilloso matiz de sutileza y énfasis en su elocución ilustró un pensamiento tácito perfectamente claro: *Tú lo sabes porque lo has hecho. Tarde o temprano tendrás un desliz, y entonces será tu turno*—. Un uso conduce a otro. Y a otro.

—No dejo de oír eso, merlín —le contesté—. «Di no a la magia negra». Pero ese muchacho no tuvo a nadie que le explicara las normas, que le enseñara. Si alguien hubiera sabido de su don y hubiera hecho algo a tiempo

Levantó una mano, y el simple gesto contenía una autoridad tan absoluta que me detuve para dejarle hablar.

—Se olvida de algo, centinela Dresden —comenzó—. El chico que cometió ese estúpido error murió mucho antes de que descubriésemos el daño que había causado. Lo que quedaba de él era ni más ni menos que un monstruo que hubiera pasado el resto de su vida infligiendo terror y muerte a cualquiera que se acercara a él.

—Lo sé —dije, y no pude esconder la ira y la frustración en mi voz—. Y sé que era lo que había que hacer. Sé que era la única medida que se podía tomar para detenerlo. —Creí que iba a vomitar otra vez y cerré los ojos y me apoyé en la madera maciza de roble de mi vara tallada. Logré controlar mi estómago y abrí los ojos para enfrentarme al merlín—. Pero eso no cambia el hecho de que acabamos de asesinar a un chico que probablemente nunca llegó a entender lo que le estaba pasando.

—Una acusación de asesinato no es una piedra que esté en posición de arrojar, centinela Dresden. —El merlín arqueó una ceja plateada—. ¿Acaso no vació un arma de fuego en la nuca de una mujer que creía que era el habitacadáveres a apenas unos pocos metros de distancia, hiriéndola mortalmente?

Tragué saliva. Claro que lo había hecho, el año pasado. Nunca antes en mi vida me la había jugado a cara o cruz de aquella manera. De haber juzgado mal que un mago metamorfo, conocido como el habitacadáveres, había ocupado el cuerpo original de la centinela Luccio, habría asesinado a una mujer inocente y a un agente de la ley miembro del Consejo Blanco.

No me equivoqué; sin embargo, nunca nunca antes había matado a nadie de esa forma. En el fragor de la batalla sí. Y he matado a gente de maneras menos directas. Pero la muerte del habitacadáveres fue íntima, calculada con frialdad y en absoluto indirecta. Solo yo, la pistola y el cadáver inerte. Todavía recordaba vívidamente haber tomado la decisión de disparar, la sensación del frío metal en mis manos, la resistencia del gatillo, la estruendosa respuesta del arma y la manera en la que el cuerpo cayó al suelo como un saco inerte, un movimiento demasiado simple comparado con la importancia de aquel horrible suceso.

Había matado. Deliberada y racionalmente, había acabado con la vida de otra persona.

Y aquello todavía me quitaba el sueño por las noches.

No tenía muchas opciones. Aun disponiendo de tan poco tiempo, el habitacadáveres podría haber invocado su magia letal y haberme matado con un hechizo de muerte mientras caía fulminado. Había pasado un par de días malos y el asunto estaba durando más tiempo del necesario. Incluso si no hubiera sido así, me daba la sensación de que el habitacadáveres me hubiera vencido en una pelea justa. Así que no le di la oportunidad de una pelea justa y disparé al nigromante en la nuca; debía ser detenido, no me quedaba elección.

Lo había ejecutado simplemente bajo sospecha.

Sin juicio. Sin visión del alma. Sin el arbitraje de un juez imparcial. Caray, ni siquiera llegué a insultarle. Bang. Pum. Un mago vivo, un tipo malo muerto.

Lo había hecho para evitar un daño futuro para mí y para otros. No era la mejor solución, pero era la única posible. No lo dudé ni un instante. Lo hice sin vacilar y continué enfrentándome a los peligros de aquella noche.

Tal como tiene que hacer un centinela. Aquello me bajó de algún modo mis humos de justiciero.

Los insondables ojos azules del merlín se fijaron en mi rostro y asintió lentamente.

—La ejecutaste —dijo el merlín en voz baja—. Porque era necesario.

—Aquello fue diferente —le dije.

—En efecto. Tu acción requirió de un compromiso mucho más profundo. Te rodeaba la oscuridad, hacía frío y estabas solo. El sospechoso era mucho más fuerte que tú. Si hubieras fallado tu ataque, habrías perdido, estarías muerto. Sin embargo, hiciste lo que tenías que hacer.

—Lo necesario no es siempre lo correcto —le dije.

—Tal vez no —admitió—, pero las leyes de la magia son lo único que impide a los magos abusar de su poder sobre los mortales. No hay espacio para el compromiso. Ahora eres un centinela, Dresden. Debes concentrarte en tus obligaciones hacia los mortales y el Consejo.

—Y eso implica matar a niños. —Esta vez no oculté mi desprecio, pero no había mucha fuerza en él.

—Implica hacer cumplir las leyes —dijo el merlín, y sus ojos se clavaron en los míos, centellando con chispas de una tensa ira—. Es tu deber. Ahora más que nunca.

Fui el primero en apartar la vista, miré hacia otro lado antes de que sucediera algo desagradable.

Ebenazar permaneció todo el tiempo a un par de pasos de mí, estudiando mi expresión.

—Ha visto mucho para un hombre de su edad, Dresden —dijo el merlín, y su tono se ablandó un poco—. Pero no ha visto lo horribles que pueden llegar a ser estas cosas. Ni de lejos. Las leyes existen por una razón. Deben respetarse tal como están escritas.

Volví la cabeza y miré el pequeño charco escarlata en el suelo del almacén, junto al cadáver del chico. Nunca llegué a saber su nombre.

—De acuerdo —dije exhausto, y me pasé una esquina limpia de la capa gris por la cara salpicada de sangre—. Entiendo bien con qué están escritas.

Les di la espalda y salí del almacén para sumirme en la mejor imitación de Miami que podía ofrecer Chicago. El mes de julio en la región central rara vez no es tórrido, pero aquel año el calor veraniego fue especialmente intenso y llovió con frecuencia. El almacén se encontraba en una zona de los muelles cercana a la orilla, e incluso las frías aguas del lago Michigan eran más cálidas de lo habitual. Llenaban el aire de un intenso hedor a agua embarrada, moho y pescado muerto.

Pasé junto a los centinelas de capa gris que vigilaban fuera e intercambié con ellos un movimiento de cabeza. Ambos eran más jóvenes que yo, recién incorporados a la organización mitad militar mitad policial que era el Consejo Blanco. Al dejarlos atrás, sentí un hormigueo causado por la presencia de un velo, el hechizo que conjuraban para ocultar el almacén de cualquier mirada indiscreta. No era un velo muy potente, al menos para los estándares de los centinelas, pero probablemente mejoraba el que yo mismo pudiera crear, y no es que sobraran muchos centinelas desde el exitoso ataque de la Corte Roja el otoño anterior. Menos da una piedra.

Me quité la túnica y la capa. Debajo llevaba unas zapatillas de deporte, pantalones cortos de color caqui y una camiseta roja. Quitarme el pesado atuendo no sirvió para refrescarme, solo me ayudó a sentirme un poco menos miserable. Caminé a toda prisa hacia mi coche, un viejo y maltratado Volkswagen Escarabajo cuyas ventanillas mantenía abiertas para impedir que el sol convirtiera el interior en un horno. La carrocería es una mezcla de varios colores debido a que mi mecánico ha sustituido las partes dañadas por otras procedentes de diferentes coches; sin embargo, al principio era de un tono azulado y por ello se ganó el sobrenombre de «Escarabajo azul».

Oí pasos firmes y rápidos detrás de mí.

—Harry —me llamó Ebenezar.

Arrojé la túnica y la capa en el asiento trasero del Escarabajo sin decir palabra.

Un par de años antes, el interior del coche había sido desmembrado hasta dejar solo su esqueleto de metal, y además yo le había hecho algunas reparaciones con madera barata y gran cantidad de cinta adhesiva. Después le pedí a un amigo que me rehiciera el interior. No era lo estándar y seguía sin ser bonito, pero los cómodos asientos de ahora eran mucho mejores que las cajas de madera que había estado usando hasta hacía poco. Y volvía a tener cinturones de seguridad decentes.

—Harry —dijo de nuevo Ebenezer—. Maldición, muchacho, detente.

Consideré entrar en el coche y marcharme, pero en lugar de eso me detuve a esperar a que el viejo mago se acercara y se zafara de sus propias ropas formales: la túnica y la estola. Llevaba una camiseta blanca, vaqueros Levi's y unas pesadas botas de montaña de cuero.

—He de hablarte sobre un asunto.

Hice una pausa y aspiré para recuperar el control de mis emociones.

Y de mi estómago. No quería pasar por la vergüenza de repetir el mal trago de antes.

—¿Qué pasa?

Se detuvo a unos metros de mí.

—La guerra no va bien.

Se refería a la guerra entre el Consejo Blanco y la Corte Roja de vampiros. Durante años la guerra se había basado en subterfugios y peleas en oscuros callejones, pero el año anterior los vampiros habían dado un paso más. El asalto fue programado para coincidir con la nociva actividad de un traidor en el Consejo y con el ataque de una serie de nigromantes, magos fuera de la ley que resucitaban a los muertos y los convertían en enrabiados espectros y zombis, además de en otras cosas menos agradables.

Los vampiros habían golpeado brutalmente al Consejo. Antes de que la batalla terminara, habían matado a cerca de doscientos magos, la mayoría centinelas. Por eso me habían dado a mí una capa gris. Necesitaban ayuda.

Antes de terminar, los vampiros habían matado a cerca de cuarenta y cinco mil hombres, mujeres y niños que se encontraban cerca.

Por eso tomé la capa de centinela. No era algo que pudiera pasar por alto.

—He leído los informes —le dije—. Dicen que el Venatori Umbrorum y la Hermandad de San Gil han colaborado bastante.

—Es más que eso. Si no hubieran puesto en marcha una ofensiva para frenar a los vampiros, la Corte Roja habría destruido al Consejo hace meses.

Parpadeé.

—¿Tanto están haciendo?

El Venatori Umbrorum y la Hermandad de San Gil eran los principales aliados del Consejo en la guerra contra la Corte Roja. Los venatori eran una antigua hermandad secreta formada para luchar contra fuerzas oscuras sobrenaturales cuando tenían oportunidad. Algo así como los masones, solo que con más lanzallamas. En general eran académicos y, aunque varios de los venatori poseían experiencia militar, su verdadera fuerza radicaba en su utilización de los sistemas jurídicos humanos y en el análisis de informaciones procedentes de las fuentes más diversas.

La hermandad, sin embargo, tenía una historia bien diferente. Eran menos numerosos que los venatori y pocos de ellos eran meros seres humanos. La mayoría, según tenía entendido, habían sido convertidos en medio vampiros, estaban infestados con los poderes oscuros que hacían de la Corte Roja una amenaza, pero hasta que no bebían sangre voluntariamente no dejaban de ser humanos. Tal poder les hacía más fuertes y rápidos; comparados con una persona normal, su resistencia a las heridas era enorme, además de concederles un aumento drástico de su esperanza de vida. Suponiendo que no cayeran presa de su constante e inherente deseo de sangre o no fueran asesinados en las operaciones contra sus enemigos de la Corte Roja, claro.

Una mujer, que en otra época me importó mucho, fue raptada por un vampiro de la Corte Roja. De hecho, di inicio a la guerra cuando fui a recuperarla, para lo que usé los medios más violentos a mi disposición. La traje de vuelta, pero no la salvé. Había sido tocada por la oscuridad y su vida se había vuelto una batalla constante contra los vampiros que la habían infestado y contra la sed de sangre que le habían impuesto. Ella formaba ahora parte de la hermandad, cuyos miembros incluían a aquellos en su situación y, según había oído, a muchas otras personas, completas o a medias, sin hogar. San Gil, patrón de los leprosos y los marginados. Su hermandad, aunque no era un centro neurálgico como el Consejo o una de las Cortes Vampíricas, estaba demostrando ser un aliado formidable.

—Nuestros aliados no pueden enfrentarse a los vampiros cara a cara —dijo Ebenezer, asintiendo—. Pero están causando estragos en las cadenas de suministro, la inteligencia y los apoyos, atacando la parte mortal de la Corte Roja. Los miembros de la Corte Roja infiltrados en la sociedad humana son desenmascarados. Los seres humanos controlados por la Corte son arrestados, sometidos o asesinados o secuestrados para ser liberados de su adicción por la fuerza. La hermandad y los venatori continúan haciendo todo lo posible para proporcionar información al Consejo, lo que nos ha permitido organizar una serie de exitosos ataques contra los vampiros. Los venatori y la hermandad no han debilitado sensiblemente a los vampiros, sin embargo, han mermado a la Corte Roja. Tal vez lo suficiente para concedernos la oportunidad de luchar por recuperarnos.

—¿Cómo será el nuevo entrenamiento? —le pregunté.

—Luccio confía en acabar teniendo éxito en la sustitución de nuestras pérdidas —respondió Ebenezer.

—No creo que yo pueda hacer nada para ayudar —dijo—. A menos que busques a alguien que engendre nuevos magos.

Se acercó a mí y echó un vistazo a su alrededor. Su expresión era casual; sin embargo, estaba comprobando si alguien andaba lo bastante cerca para oírnos.

—Hay algo que desconoces porque el merlín decidió que no era apropiado que lo supiera todo el mundo.

Me volví hacia él e incliné la cabeza.

—¿Recuerdas el ataque de la Corte Roja el año pasado? —dijo—. Invocaron a los intrusos y nos asaltaron dentro del reino de las hadas.

—Un mal movimiento, por lo que he oído. Las hadas van a salir de su escondite.

—Eso era lo que todos pensábamos —dijo el anciano—. De hecho, la Corte de Verano declaró la guerra a la Corte Roja y comenzaron a realizar algunos ataques preliminares contra ellos. Pero la Corte de Invierno no ha respondido y la de Verano no ha hecho mucho más aparte de asegurar sus fronteras.

—¿La reina Mab no ha declarado la guerra?

—No.

Fruncí el ceño.

—Nunca hubiera imaginado que dejara pasar tal oportunidad. Le van las matanzas y el derramamiento de sangre.

—Nos sorprendió también a nosotros —dijo—. Por eso quiero pedirte un favor. Lo miré sin decir nada.

—Descubre por qué —dijo—. Tienes contactos en las Cortes. Averigua lo que está pasando. Descubre por qué los sidhes no han ido a la guerra.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Acaso el Consejo de Veteranos no lo sabe? ¿No tienen una embajada, conexiones de alto nivel y canales oficiales? ¿Tal vez un teléfono rojo brillante?

Ebenezar sonrió sin demasiada alegría.

—Las turbulencias causadas por la guerra han hecho disminuir la capacidad de todos para reunir inteligencia —respondió—. Incluso la de aquellos en los reinos espirituales. Hay otro nivel en esta guerra, uno en el que están implicados los espías espirituales y los emisarios de todas las partes involucradas. Y nuestro embajador en los sidhes ha sido —Encogió sus fuertes hombros—. Bueno. Tú los conoces mejor que nadie.

—Las hadas han sido educadas, sinceras, han hablado con total honestidad, pero no aportan una idea clara de lo que está pasando —deduje.

—Exactamente.

—Así que el Consejo de Veteranos me pide que lo averigüe.

Miró de nuevo a su alrededor.

—El Consejo de Veteranos no. Yo mismo. Algunos de los otros también.

—¿Quiénes? —le pregunté.

—Personas de mi confianza —dijo, y me miró fijamente por encima de la montura de sus gafas.

Yo lo miré a él de la misma manera durante un segundo.

—El traidor —dije en un susurro.

Los vampiros de la Corte Roja no se habían puesto tan por delante en el marcador de aquel partido solo por suerte. De alguna manera habían obtenido secretos vitales acerca de los planes y la disposición de las fuerzas del Consejo Blanco. Alguien había estado proporcionando tal información a los vampiros desde dentro y una gran cantidad de magos habían muerto a causa de ello, sobre todo en su ataque más salvaje, el año pasado, durante el cual violaron el territorio sidhe mientras seguían al Consejo en su huida.

—¿Crees que el traidor es alguien del Consejo de Veteranos?

—Creo que no podemos correr ningún riesgo —dijo sin perder la calma—. No es un asunto oficial. No puedo ordenarte que lo hagas, Harry. Entendería que no quisieras hacerlo. Sin embargo, no hay nadie mejor para este trabajo y nuestros aliados no podrán mantener mucho tiempo el ritmo actual de las operaciones. Su mejor arma ha sido siempre el secretismo, y sus acciones les han obligado a pagar un terrible precio en vidas para brindarnos su ayuda.

Me crucé de brazos.

—Tenemos que ayudarlos, claro. Pero cada vez que miro de reojo a las hadas, me meto en problemas más graves con ellos. Es lo último que necesito. Si hago esto, cómo

Ebenezar cambió de postura, con lo que triturró ruidosamente la grava del suelo. Al levantar la vista, divisé al merlín y a Morgan que salían del edificio, parecían hablar en voz baja de algo importante.

—Quería hablar contigo —dijo Ebenezar de tal modo que resultaba evidente que deseaba ser escuchado por cualquiera que anduviera cerca—. Asegúrate de que Morgan y los otros centinelas te tratan con justicia.

Le seguí la corriente.

—Apenas se dirigen a mí —le dije—. El único centinela al que veo a veces es a Ramírez. Un buen tipo. Me gusta.

—Eso dice mucho de él.

—¿Que la bomba de relojería del Consejo tenga una buena opinión de él? —Esperé a que Morgan y el merlín se marcharan, pero se detuvieron algo más lejos de donde estaban antes, sin dejar de hablar. Me quedé mirando la grava durante un largo rato y luego, en voz mucho más baja, dije—: El chico de hoy podría haber sido yo.

—Fue hace mucho tiempo —dijo Ebenezer—. Eras apenas un niño.

—Igual que él.

La expresión de Ebenezer se tornó cauta.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto.

—¿Por eso lo han hecho aquí? —pregunté—. ¿Por qué venir a Chicago para una ejecución si no?

Expulsó el aire lentamente.

—Es una de las grandes encrucijadas del mundo, Harry. Pasa más tráfico aéreo por aquí que por cualquier otra parte. Es una enorme ciudad-puerto para el envío de cualquier tipo de mercancía en camiones, trenes o barcos. Eso significa una gran cantidad de entradas y salidas, muchos viajeros de paso. Dificulta a los observadores de la Corte Roja vernos o informar de nuestros movimientos. —Me concedió una sonrisa triste—. Y además hay que tener en cuenta la forma en que Chicago afecta a la salud de cualquier vampiro que lo visita.

—Esa es una bonita historia de portada —le dije—. ¿Cuál es la verdad?

Ebenezer suspiró y levantó la mano en un gesto conciliador.

—No fue idea mía.

Lo miré durante un minuto y luego dije:

—El merlín convocó aquí la reunión.

Ebenezer asintió y arqueó una lanuda ceja gris.

—¿Lo que significa que ?

Me mordí el labio inferior y arrugué los ojos. Aquel gesto nunca me ayudaba a pensar mejor, pero no había razón para no seguir intentándolo.

—Quería mandarme un mensaje. Matar dos pájaros de un tiro.

Ebenezer asintió.

—Quería despojarte de tu posición de centinela, pero Luccio sigue siendo la comandante técnico de los capas grises, aunque Morgan mande en el campo de batalla. Ella te apoyó y el resto del Consejo de Veteranos la desautorizó.

—Apuesto a que el merlín disfrutó de aquello —dije.

Ebenezer se rió entre dientes.

—Pensé que le estaba dando un derrame cerebral.

—Qué alegría —dije—. Yo ni siquiera quería el trabajo.

—Ya lo sé —dijo—. Solo encuentras dificultades y problemas, muchacho. Poco más.

—Así que el merlín imagina que si me muestra una ejecución, me asustaré y entraré en vereda. —Fruncí el ceño, pensando—. Supongo que no se ha dicho ni una palabra sobre el ataque del año pasado. ¿No encontraron a nadie a quien le ingresaran misteriosas y enormes sumas de dinero en su cuenta bancaria para poder acusarlo de traidor?

—Todavía no —reconoció Ebenezer.

—Con el traidor suelto, lo único que tiene que hacer el merlín es esperar a que yo la cague. Entonces podrá llamarlo traición y aplastarme.

Ebenezer asintió y noté la advertencia en sus ojos; era otra razón para aceptar el trabajo que me estaba ofreciendo.

—Él cree que eres una amenaza para el Consejo. Si tu comportamiento confirma su creencia, hará lo que sea necesario para detenerte.

Solté un bufido.

—Hubo otro tipo así. Se llamaba McCarthy. Si el merlín quiere encontrar a un traidor, lo hará exista o no. —Ebenezer frunció el ceño y habló con un vestigio de acento escocés en el arrastre de las erres, como le pasaba siempre que estaba enfadado. Miró de soslayo al merlín—. Sí. Pensé que debías saberlo.

Asentí, sin levantar todavía la vista hacia él. Odiaba que me intimidaran con la intención de que hiciera algo; sin embargo, no me daba la sensación de que Ebenezer me estuviera poniendo entre la espada y la pared. Me estaba pidiendo un favor. Ayudarle era decisión mía, no iba a echármelo en cara si me negaba. No era su estilo.

Lo miré a los ojos y asentí.

—Está bien.

Soltó el aire despacio y me devolvió el movimiento de cabeza con un agradecimiento tácito en su expresión.

—Ah, otra cosa —dijo, y me tendió un sobre.

—¿Qué es esto?

—No sé —respondió—. El guardián de la puerta me pidió que te lo diera.

El guardián de la puerta. Era el mago más tranquilo de entre los miembros del Consejo de Veteranos, e incluso el merlín le mostraba un gran respeto. Era más alto que yo, que ya es decir, y solía quedarse al margen de la mayoría de las políticas fundamentalistas del Consejo de Veteranos, lo que decía más de él si cabe. Sabía cosas que no tenía por qué saber (más que la mayoría de magos, me refiero) y de momento podría decirse que había sido bastante sincero conmigo.

Abrí el sobre. Había dentro un pedazo de papel. La letra era precisa y fluida:

Dresden:

En los últimos diez días se han sucedido actos de magia negra en Chicago.

Como centinela jefe de la región, te corresponde investigar y encontrar a los responsables. En mi opinión, es vital que lo hagas inmediatamente. Que yo sepa, nadie es consciente de la situación.

Rashid

Me froté los ojos. Genial. Más magia negra en Chicago. Si no era un tipo malvado, delirante y psicótico con un sombrero negro, probablemente se trataría de otro muchacho como el que había muerto hacía un rato. No había demasiadas posibilidades intermedias.

Tenía la esperanza de que fuera un asesino loco. Perdón, corrección política: una persona enferma mental. Podría hacerles frente a los de esa calaña. Tenía práctica.

No creía que pudiera lidiar con uno de los otros.

Devolví la carta al sobre, pensando. Probablemente aquello era algo entre el guardián de la puerta y yo. No me lo había comunicado públicamente ni le había dicho a Ebenezar lo que estaba pasando, lo cual significaba que yo era libre de decidir cómo manejaría la situación. Si el merlín tuviera conocimiento de aquello y me asignara oficialmente la tarea, se aseguraría de que no dispusiera de ninguna elección a la hora de enfrentarme a ella. Mis maniobras se mirarían con lupa.

El guardián de la puerta me había confiado personalmente la tarea de arreglar aquel desajustado. Lo cual era casi peor. Vaya, hombre.

A veces me canso de ser el tipo designado por decreto para hacer frente a situaciones imposibles.

Al mirar hacia arriba, me encontré a Ebenezar con los ojos entrecerrados, mirándome. Aquella expresión convertía su rostro en una masa de arrugas.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Te has cortado el pelo o algo así, Hoss?

—Oh, nada nuevo. ¿Por qué?

—Te veo —La voz del viejo mago renqueó, pensativo—. Diferente.

El pulso se me aceleró un poco. Por lo que yo sabía, Ebenezar no tenía conocimiento de la entidad que se alojaba en la parte no utilizada de mi cerebro, y yo quería que siguiera sin tenerlo. A pesar de que su reputación era la de ser algo así como un camorrista mágico, al ser su especialidad la invocación de fuerzas primarias y destructivas, había mucho más mérito en él del que el Consejo le reconocía. Era muy posible que hubiera sentido la presencia del ángel caído dentro de mí.

—Sí, bueno. He estado usando la capa de la gente que he odiado la mayor parte de mi vida adulta —le dije—. Entre eso y ser un lisiado, he dormido poco en el último año.

—Eso debe de ser —afirmó Ebenezar, asintiendo—. ¿Cómo está tu mano? —Me mordí la lengua para no responderle que la tenía mutilada, llena de cicatrices y que las quemaduras hacían que pareciera una escultura de cera mal fundida. Un par de años atrás me había enfrentado a una chica mala, además de inteligente, que se había dado cuenta de que mi magia defensiva estaba diseñada para detener la energía cinética, no el calor. Lo averigüé de la peor manera posible, cuando un par de sus matones psicóticos me rociaron de napalm sin previo aviso. Mi escudo detuvo las llamas; sin embargo, el calor lo traspasó y me achicharró la mano en la que sostenía el brazalete.

Levanté la enguantada mano izquierda y agité con brusquedad el dedo pulgar y los dos adyacentes. Los restantes no se movían mucho, a menos que sus vecinos los impulsaran.

—No tengo mucha sensación en ellos, pero puedo sostener una cerveza. O el volante. El médico me ha ordenado tocar la guitarra para moverlos y usarlos más.

—Bien —dijo Ebenezar—. El ejercicio es bueno para el cuerpo, la música es buena para el alma.

—No la que yo toco —le dije.

Ebenezar sonrió irónico y extrajo un reloj del bolsillo delantero de su chaleco. Entornó los ojos para leer la hora.

—Es la hora del almuerzo —dijo—. ¿Tienes hambre?

No había nada en su tono que lo indicara, no obstante, pude entrever el subtexto.

Ebenezar fue mi mentor durante una época en la que necesitaba uno. Me había enseñado casi todo lo que yo creía que merecía la pena saber. Había sido infaliblemente generoso, paciente, leal y amable conmigo.

Sin embargo, me había mentido todo aquel tiempo, hizo caso omiso de los principios que él mismo me había estado enseñando. Por un lado, me enseñó lo que significaba ser mago, que la magia de un mago procede de sus más profundas creencias, que hacer el mal con la magia era algo más que un crimen; era una burla de lo que significa la magia, una especie de sacrilegio. Por otro lado, era el Cayado Negro del Consejo Blanco: un mago con licencia para matar, para violar las leyes de la magia, para burlarse de todo lo noble y bueno que rodeaba el poder que ejercía, y todo ello en nombre de la necesidad política. Había hecho tales cosas. Y muchas veces.

En aquellos tiempos le di a Ebenezar una cantidad de confianza y fe que no le había dado a nadie. Construí los cimientos de mi vida sobre lo que él me había enseñado acerca del uso de la magia, sobre el bien y el mal. Pero me había defraudado. Estuve viviendo una mentira, y me resultó tremendamente doloroso saber que era así. Dos años más tarde, aquello todavía se revolvía en mi vientre como un malestar vago y nauseabundo.

Mi viejo maestro me estaba ofreciendo una rama de olivo, trataba de dejar de lado lo que se había interpuesto entre nosotros. Sabía que debía aceptarla. Sabía que era tan humano, tan falible como cualquier otra persona. Sabía que debía olvidarlo todo, superar nuestras rencillas, seguir con nuestras vidas. Era lo más inteligente que podía hacer. Lo más compasivo y responsable. Era lo correcto.

Pero no pude.

Todavía me dolía demasiado pensar en ello.

Levanté la vista hacia él.

—Las amenazas de muerte bajo la apariencia de una decapitación formal no hacen bien a mi apetito.

Hizo un gesto con la cabeza, aceptó la excusa con expresión paciente y relajada, aunque me pareció ver arrepentimiento en sus ojos. Levantó una mano a modo de despedida silenciosa y se dio la vuelta para acercarse a una vieja y destartalada camioneta Ford construida durante la Gran Depresión. Empecé a pensármelo mejor. Tal vez debería decir algo. Tal vez debería ir a comer con el anciano.

No obstante, mi excusa no había sido del todo gratuita. Sería incapaz de comer. Todavía sentía las gotas de sangre caliente en mi cara, aún veía en mi cabeza aquel cuerpo yaciendo de manera tan poco natural sobre el charco de sangre. Comenzaron a temblarme las manos y cerré los ojos para forzar a aquellos vívidos recuerdos a irse fuera de mi mente. Entré en el coche y traté de dejarlos atrás.

El Escarabajo azul no era un coche pesado, sin embargo, levantó una cantidad respetable de grava cuando me alejé del almacén.

Las calles no estaban tan mal como solían, pero hacía un calor infernal, así que bajé las ventanillas en el primer semáforo y traté de pensar con claridad.

Investigar a las hadas. Genial. Estaba garantizado que aquello se complicaría antes de que lograra reunir alguna información útil. Si había una cosa que las hadas odiaban, era dar una respuesta directa respecto a cualquier cosa. Sacarles algo era igual de difícil que extraer un diente. A uno mismo. Por la nariz.

Pero Ebenezer estaba en lo cierto. Era probablemente el único en el Consejo con conocidos en las Cortes de Invierno y de Verano de los sidhe. Si alguien del Consejo podía averiguar algo, ese era yo ¡Yupi!

Y para hacer las cosas más interesantes, tenía que encontrar algún tipo de práctica de magia negra sin especificar y ponerle fin. Era lo que los centinelas hacían todo el tiempo, cuando no estaban luchando en una guerra, y yo ya lo había hecho dos o tres veces, pero nunca era suficiente. La presencia de magia negra implicaba la presencia de alguien practicándola y aquella clase de personas tendían a matar sin remordimientos a cualquier mago que se interpusiera en su camino.

Hadas.

Magia negra.

Las desgracias nunca vienen solas.

El asiento del copiloto del Escarabajo azul se ocupó de repente. Dejé escapar un grito y casi estampo el coche contra una furgoneta de reparto. Los neumáticos chirriaron a modo de protesta y comenzaron a deslizarse. Giré el volante y me recuperé, pero si hubiera tenido otra capa de pintura en el coche me hubiera chocado con el de al lado. Con el corazón en la garganta, logré estabilizar el movimiento del Escarabajo y me volví para mirar a la inesperada pasajera.

Lasciel, también conocida como la Tentadora o la Tejedora de Redes, supuestamente una especie de fotocopia de la personalidad de un ángel caído, se sentaba en el asiento del copiloto. Podía adoptar cualquier forma, pero la más común era la de una rubia alta y atlética vestida con una túnica blanca de estilo griego que le caía casi hasta las rodillas. Estaba sentada con las manos en el regazo, mirando hacia delante por el parabrisas y sonriendo ligeramente.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —le gruñí—. ¿Tratas de que me maten?

—No seas niño —respondió ella en tono divertido—. Nadie ha resultado herido.

—No gracias a ti —gruñí—. Ponte el cinturón de seguridad.

Me miró directamente a los ojos.

—Mortal, no tengo forma física. No existo excepto en el interior de tu mente. Soy una imagen mental. Una ilusión. Un holograma que solo tú puedes ver. No hay ninguna razón para que me ponga el cinturón de seguridad.

—Es por principios —dije—. Mi coche, mi cerebro, mis reglas. Ponte el maldito cinturón de seguridad o márchate.

Dejó escapar un suspiro.

—Muy bien. —Se retorció en el asiento igual que haría cualquiera en su situación, tiró del cinturón hacia delante y se lo ajustó. Yo era consciente de que no había cogido el cinturón de seguridad físicamente ni se lo había puesto. Lo que estaba viendo era solo una ilusión, aunque muy convincente. Habría tenido que realizar un importante esfuerzo mental para percibir que el cinturón de seguridad real no se había movido de su sitio.

Lasciel me miró.

—¿Contento?

—Ligeramente —dije algo furioso. Lasciel, tal como la tenía ahora delante, era un mero fragmento de un auténtico ángel caído. El verdadero estaba atrapado en un

antiguo denario de plata, una moneda romana enterrada bajo unos cincuenta centímetros de cemento en mi propio sótano. Al tocar la moneda creé algún tipo de vía de escape para la personalidad del demonio, que se encarnó en una discreta entidad mental dentro de mi cabeza, presumiblemente en el noventa por ciento de cerebro que los humanos nunca usamos. O, en mi caso, tal vez el noventa y cinco. Lasciel podía aparecérseme, podía ver lo que yo veía y sentir lo que yo sentía, podía rebuscar entre mis recuerdos hasta cierto punto y, lo más inquietante de todo, era capaz de crear en mi mente ilusiones que debía esforzarme por discernir de la realidad, del mismo modo que ahora estaba creando la ilusión de su presencia física en mi coche. Su gran atractivo, su voluptuosa figura y la tan deseable presencia rubia no eran más que una mera ilusión. La muy zorra.

—Pensé que habíamos llegado a un acuerdo —gruñí—. No quiero que vengas a verme a no ser que te llame.

—Y he respetado nuestro acuerdo —dijo—. Simplemente he venido a recordarte que mis servicios y recursos están a tu disposición, si los necesitas, y que la totalidad de mi ser, que actualmente reside bajo el suelo de tu laboratorio, está igualmente preparada para ayudar.

—Te comportas como si quisiera que estuvieses aquí. Si supiera cómo borrarte de mi cabeza sin perder la vida, lo haría sin pensarlo —le contesté.

—La parte de mí que comparte tu mente no es otra cosa que la sombra de mi verdadero yo —dijo Lasciel—. Pero ten cuidado, mortal. Soy. Existo. Y deseo seguir haciéndolo.

—Como ya he dicho, si pudiera hacerlo sin perder la vida —gruñí—. Mientras tanto, a no ser que quieras que te encierre en un armario negro de dentro de mi cabeza, sal de mi vista.

Retorcí la boca, tal vez a causa de la irritación, pero nada más cambió en su rostro.

—Como quieras —dijo, inclinando la cabeza—. Pero si hay magia negra suelta por Chicago, vas a tener necesidad de toda la ayuda que tengas a mano. Y ya que debes sobrevivir para que yo sobreviva, tengo motivos para querer ayudarte.

—Una caja negra pequeña —le dije—. Sin agujeros en la tapa. Que huela como mi taquilla en el vestuario del instituto.

Torcí la boca de nuevo expresando una cauta diversión.

—Como quieras, mi anfitrión.

Y se marchó, desapareciendo de nuevo en las bóvedas subdesarrolladas de mi mente o dondequiera que habitara. Me estremecí, asegurándome de que mis pensamientos estaban contenidos, protegidos de sus percepciones. No había nada que pudiera hacer para evitar que Lasciel viera y oyera todo lo que hacía o rebuscara azarosamente en mis recuerdos, pero aprendí que podía al menos ocultarle mis pensamientos activos. Lo hacía siempre, con el fin de impedir que supiera demasiadas cosas demasiado rápido.

Aquello solo la ayudaría a alcanzar su meta de convencerme para desenterrar la antigua moneda de plata sellada con hechizos y hormigón debajo de mi laboratorio. En la moneda, que formaba parte de una colección de treinta viejos denarios romanos, habitaba la integridad del ángel caído, Lasciel.

Si decidiera aliarme con ella, conseguiría una fortaleza singular. El poder y el conocimiento de un ángel caído podían convertir a cualquiera en una amenaza

mortífera y virtualmente inmortal con solo pagar el bajo, bajísimo precio de mi propia alma. Una vez que te unías a uno de los ángeles del infierno, literalmente, ya no eras el único que ocupaba la silla de mando. Si dejabas que te ayudaran, si rendías tu voluntad ante ellos, tarde o temprano el ángel caído sería el que tuviera la última palabra.

Cogí aquella moneda un instante antes de que el bebé de un amigo la tocara y, al hacerlo, se transfirió a mi cabeza una porción de la personalidad y el intelecto de Lasciel. El otoño anterior me ayudó a sobrevivir a varios malos días; su asistencia fue sin duda inestimable. Aquel era el problema. No podía permitirme seguir contando con su ayuda porque, tarde o temprano, me acostumbraría a ella. Y entonces la disfrutaría. Y en algún momento, el hecho de desenterrar aquella moneda de mi sótano no me parecería tan mala idea.

Todo aquello significaba que tenía que permanecer en guardia ante las sugerencias del ángel caído. El precio estaba oculto, pero todavía se encontraba allí. Lasciel, sin embargo, no se equivocaba respecto a lo peligrosas que podrían volverse las situaciones relacionadas con la verdadera magia negra. Tal vez pronto me viera en la necesidad de recibir ayuda.

Pensé en aquellos que habían luchado junto a mí antes. Pensé en mi amigo Michael, cuyo hijo había estado a punto de coger la moneda. No lo había visto desde entonces. Ni lo había llamado. Él sí lo había hecho un par de veces, me había invitado a las dos últimas cenas de Acción de Gracias y en un par de ocasiones se interesó por saber cómo estaba. Yo rechacé sus invitaciones y acorté las conversaciones a la mínima expresión. Michael no sabía que había cogido uno de los Denarios Negros, que tomé posesión de un objeto que posiblemente me convertía en miembro de facto de la Orden de los caballeros de los Denarios Negros. Que había luchado contra algunos de los denarios. Que maté a uno de ellos.

Aquellos caballeros eran monstruos de la peor calaña, Michael un caballero de la Cruz, una de las tres únicas personas sobre la faz de la tierra que habían sido elegidas para blandir una espada sagrada de las de verdad. Se suponía que cada una de ellas llevaba fundido en la hoja un clavo de la Cruz, con C mayúscula. Michael luchaba contra cosas oscuras y malvadas. Las vencía. Salvaba a niños e inocentes en peligro y se ponía delante de las más oscuras criaturas imaginables sin ni siquiera pestañear, tal era su fe en que el Todopoderoso le proporcionaría la fuerza suficiente para derrotar a los poderes de las Tinieblas que se cerniesen sobre él.

No sentía amor alguno por sus enemigos, los denarios, unos psicópatas sedientos de poder y tan decididos a causar y extender el dolor y el sufrimiento como Michael a contenerlo.

Nunca le hablé de la moneda. No quería que supiera que compartía mi cerebro con un ser maligno. No quería que pensara mal de mí.

Michael tenía integridad. Durante la mayor parte de mi vida adulta, el Consejo Blanco se mostró seguro de que yo era una especie de monstruo esperando el momento adecuado para adoptar mi verdadera forma y arrasar todo lo que encontrara a mi paso. Pero Michael siempre se mantuvo firme a mi lado desde que nos conocimos. Su apoyo incondicional me había hecho sentirme muchísimo mejor respecto a mi vida.

No quería que me mirara de la misma forma que a los denarios contra los que habíamos luchado. Así que no iba a pedirle ayuda hasta que me deshiciera de los estúpidos hilos mentales con los que Lasciel me manejaba como un maestro de marionetas.

Me las arreglaría solo.

Estaba bastante seguro de que mi día no podía empeorar.

En cuanto tuve ese pensamiento, se produjo un crujido horrible y mi cabeza se estrelló con fuerza contra el reposacabezas de mi asiento. El Escarabajo se estremeció, se sacudió salvajemente y tuve que esforzarme para recuperar el control.

Lo normal sería que a estas alturas ya no fuera tan optimista.

Me las arreglé para echar un furibundo vistazo a mi alrededor y vi un barco de guerra en la forma de un viejo Chrysler gris oscuro con los cristales tintados. Acto seguido se estrelló de nuevo contra el Escarabajo y casi le hace dar una mortal vuelta de campana. Mi cabeza dio un latigazo contra la ventana y me llegó a la nariz el olor de los neumáticos humeando al deslizarse simultáneamente hacia delante y hacia un lado. Sentí el coche chocar contra la acera y luego subirse encima. Me aferré al volante y los frenos, mi cuerpo respondía a cosas que mi aturdido cerebro no había captado de momento. Creo que impedí que fuera un desastre total, porque en lugar de girar hacia el tráfico o golpear la pared de lleno, me las arreglé para raspar con la puerta del copiloto el costado del edificio paralelo a la calle. Los ladrillos rayaron el acero hasta que diecisiete metros más adelante logré detenerme.

La visión se me llenó de estrellas y traté de que se esfumaran para poder ver la matrícula del Chrysler; me fue imposible, había desaparecido. O por lo menos eso creí. A decir verdad, mi cabeza daba tantas vueltas que el coche podría estar interpretando una danza delante de mí con un tutú lila puesto y ni siquiera me hubiera dado cuenta.

Quedarme allí sentado parecía una buena idea, así que eso hice. Pasado un rato tuve la vaga noción de que debería asegurarme de que todo el mundo estaba bien. Me eché un vistazo. No tenía sangre, lo que era positivo. Examiné el coche con la visión algo desenfocada. No se oían gritos. No se veían cadáveres por el espejo retrovisor. Nada estaba ardiendo. Eso sí, había cristales en la zona de la ventana del copiloto, aunque había sustituido la ventana trasera por una lámina de plástico traslúcido tiempo atrás.

El Escarabajo, un cruzado incondicional contra las fuerzas del mal y los combustibles alternativos, seguía en marcha, aunque el motor había adquirido un extraño y sibilante sonido distinto al habitual sonido hosco. Probé mi puerta. No se abrió. Bajé la ventanilla y salí poco a poco del coche. Si podía reunir la energía suficiente para deslizarme por el capó antes sin caerme hacia atrás, haría una audición para *El sheriff chiflado*.

—Aquí en el condado de Hazzard —musité para mis adentros— no nos gustan los que te pasan por encima y luego salen pitando.

Transcurrió un número indeterminado de minutos hasta que llegó el primer policía, un patrullero llamado Grayson al que reconocí nada más verlo. Grayson era un

policía viejo, un hombretón con una gran nariz roja y una amplia barriga que parecía capaz de sacar a golpes de un bar a cualquier borracho o, si se lo proponía, vencerle en una competición de aguante con el alcohol. Salió de su coche y comenzó a hacerme preguntas en tono preocupado. Le respondí lo mejor que pude, pero algo entre mi cerebro y mi boca hizo un cortocircuito y el patrullero me miró y luego echó un vistazo al interior del Escarabajo en busca de botellas abiertas antes de sentarme en el suelo y ponerse a dirigir el tráfico. Logré sentarme en el borde de la acera, me valía así. Mi ocupación consistió en ver cómo la acera giraba a mi alrededor, hasta que alguien me tocó el hombro.

Karrin Murphy, jefa del grupo de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago, era la típica hermana guapa de tu amigo. Medía poco más de metro y medio, era rubia, de ojos azules, nariz respingona y pecas casi invisibles. Estaba hecha de músculos elásticos, una constitución de gimnasta que no era contraria a las curvas femeninas. Aquel día llevaba una blusa blanca de algodón, vaqueros azules, una gorra de béisbol de los Cubs y unas gafas de sol reflectantes.

—¿Harry? —preguntó—. ¿Estás bien?

—El tío Jesse va a decepcionarse mucho cuando sepa que uno de los compinches de Boss Hogg se ha estampado contra el General Lee —contesté, señalando mi coche.

Ella me miró un momento y luego dijo:

—¿Sabes que tienes una herida en un lado de la cabeza?

—No —confesé. Me toqué con un dedo—. ¿Dónde?

Murphy suspiró y me empujó suavemente el dedo hacia abajo.

—Harry, en serio. Si estás tan atontado que ni siquiera eres capaz de hablar conmigo, tendré que llevarte a un hospital.

—Lo siento, Murph —le dije—. Ha sido un día largo. Estoy algo sonado. Estaré bien en un minuto.

Soltó un suspiro y luego asintió y se sentó en la acera conmigo.

—¿Te importa si le digo a uno de los técnicos de emergencias que te mire? Solo para estar seguros.

—Querrán llevarme a un hospital —le dije—. Es demasiado peligroso. Podría acortar la vida de alguien. Y los Rojos están vigilando los hospitales, atacando a nuestros heridos. Podría atraer fuego hacia los pacientes.

—Lo sé —dijo en voz baja—. No voy a dejar que te lleven.

—Oh. Bien entonces —dijo. Un hombre me examinó. Me puso una luz delante de los ojos, tras lo cual le di una ligera patada en la espinilla. Me murmuró algo durante un minuto, me empujó aquí y allá, examinó, midió, contó y así sucesivamente. Luego sacudió la cabeza y se levantó.

—Tal vez una leve conmoción cerebral. Debería ver a un médico para quedarse tranquilo, teniente.

Murphy asintió, le dio las gracias al técnico e hizo un gesto con la cabeza hacia la ambulancia. Finalmente, el hombre se marchó con un gesto de desaprobación.

Murphy se sentó otra vez conmigo.

—Muy bien, escupe. ¿Qué ha pasado?

—Alguien en un Chrysler gris oscuro ha intentado aparcar en mi asiento trasero. —Hice un gesto con la mano en cuanto abrió la boca, molesto—. Y no, no vi la matrí-

cula. Estaba demasiado ocupado actuando en el papel estelar de uno de esos monigotes que usan para probar los airbags.

—Lo de ser un monigote lo tienes ya dominado —bromeó—. ¿Estás metido en algo últimamente?

—Todavía no —me quejé—. Mierda, Murphy. Me han dicho hace media hora que hay brujería de la mala en algún lugar de Chicago. Ni siquiera he tenido tiempo para empezar a comprobarlo y alguien ya está tratando de convertirme en protagonista de un anuncio de cinturones de seguridad.

—¿Estás seguro de que fue deliberado?

—Sí. Pero quienquiera que fuese no era un profesional.

—¿Por qué dices eso?

—Si lo hubiera sido, me hubiera volcado fácilmente. No tenía ni idea de que estaba allí hasta que me golpeó. Podría haber hecho que diera un par de vueltas de campana antes de que tuviera tiempo de enderezarme. Me hubiera dejado seco. —Me froté la nuca. Un magnífico dolor se estaba extendiendo por todos los músculos de mi cuerpo—. Además, no era precisamente el mejor lugar para hacer una cosa así.

—Un ataque de oportunidad —dijo Murphy.

—¿Qué es eso?

Sonrió un poco.

—Cuando no estás esperando la ocasión, pero la ves y la aprovechas antes de que pase.

—Oh, sí, probablemente ha sido un ataque de esos.

Murphy negó con la cabeza.

—Oye, tal vez debería llevarte a un médico de todos modos.

—No —dije—. En serio, estoy bien. Pero quiero salir de la calle lo más pronto posible.

Murphy cogió aire lentamente y luego asintió.

—Te llevaré a casa.

—Gracias.

Grayson se acercó a nosotros.

—La grúa está de camino —dijo—. ¿Qué tenemos aquí?

—Colisión y fuga —dijo Murphy.

Grayson levantó las cejas y me miró.

—¿Sí? A mí me parece que te golpearon un par de veces. Y a propósito.

—Fue un accidente, según creo yo —le dije.

Grayson asintió.

—Hay algo de ropa en el asiento trasero. Parece que tiene manchas de sangre.

—Restos del pasado Halloween —dije—. Es parte de un disfraz. Una túnica y una capa con sangre falsa por encima. Era cursi de narices.

Grayson resopló.

—Eres peor que mi hijo. Todavía tiene camisetas de fútbol en el asiento trasero desde el otoño pasado.

—Probablemente su coche tenga mejor aspecto. —Levanté la vista hacia el Escarabajo. Era un verdadero desastre. Hice una mueca. No es que el Escarabajo fuera una antigüedad de valor incalculable, ya había conducido con él a muchas partes, pero a mí me encantaba—. De hecho, estoy seguro de que es más bonito.

Grayson dejó escapar una risita irónica.

—Tengo que hacer el papeleo. ¿Me ayudas a rellenar los espacios en blanco?

—Claro —le dije.

—Gracias por la llamada, sargento —dijo Murphy.

—De nada —respondió Grayson al tiempo que se tocaba la visera de su gorra con un dedo.

—Iré a buscar los formularios en cuanto llegue la grúa, Dresden.

—Bien —dije.

Grayson se alejó y Murphy se me quedó mirando un momento.

—¿Qué? —le pregunté con calma.

—Le has mentido —dijo—. Acerca de la ropa y la sangre.

Encogí un hombro.

—Y lo has hecho muy bien. Quiero decir, que si no te conociera. —Sacudió la cabeza—. Me sorprende de ti. Eso es todo. Siempre has sido un mentiroso terrible.

—Ajá —repliqué. No estaba seguro de cómo tomarme aquello—. ¿Gracias?

Dejó escapar una risita irónica.

—Bueno, ¿cuál es la verdadera historia?

—Aquí no —dije—. Hablaremos luego.

Murphy estudió mi rostro durante un segundo y el ceño se le frunció aún más.

—¿Harry? ¿Qué sucede?

El cuerpo sin vida y descabezado del joven sin nombre invadió mis pensamientos. Me trajo demasiadas emociones y sentí que se me formaba un nudo en la garganta tan grande que supe que sería incapaz de hablar. Así que sacudí un poco la cabeza y me encogí de hombros.

Ella asintió.

—¿Vas a estar bien?

Existía una peculiar dulzura en su voz. Murphy jugaba en una liga solo de hombres en el Departamento de Policía de Chicago, el aura de mujer dura la hacía parecer más formidable de lo que en realidad era. Aquel aspecto exterior casi nunca variaba, al menos en la calle, con otros oficiales de policía cerca. Sin embargo, cuando me miró percibí una vulnerabilidad tranquila, clara y fresca en el tono de su voz.

Habíamos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero Murphy era una gran amiga. Le ofrecí mi mejor sonrisa torcida.

—Siempre estoy bien. Más o menos.

Ella extendió la mano y me apartó un mechón de pelo de la frente.

—Eres una niñita grande, Dresden. Un accidente de nada y te pones emotivo y patético. —Sus ojos se fijaron un momento en el Escarabajo y de repente ardió un fuego azul en ellos—. ¿Sabes quién te ha hecho esto?

—Todavía no —gruñí justo cuando llegaba la grúa—. Pero puedes apostar tu culo a que lo voy a averiguar.

Cuando llegamos a mi casa, la cabeza me funcionaba ya a una velocidad normal y se ocupaba de informarme de cuánto me dolía. Además del cráneo magullado, tenía un agradable y profundo dolor por todo el cuerpo. La luz del sol de mediodía me apuñalaba los ojos de una manera jovialmente mezquina, y me alegré de subir arrastrando los pies por las escaleras de mi apartamento. Desarmé mis defensas mágicas, descorrí el cerrojo y empujé con fuerza la puerta.

No se abrió. El otoño anterior los zombis hicieron polvo mi supuestamente segura puerta de acero y destrozaron mi apartamento. A pesar de que ahora cobraba un modesto sueldo por mi trabajo con los centinelas, todavía no disponía de suficiente dinero para pagar todas las reparaciones, así que intenté arreglar la puerta yo mismo. No se me había dado muy bien, pero trataba de pensar en positivo: se podría decir que la puerta nueva era incluso más segura que la antigua, ahora era casi imposible abrir la maldita cosa incluso cuando no estaba cerrada con llave.

Mientras estaba inmerso en mi fase de renovaciones coloqué el suelo de la cocina, la moqueta del salón y del dormitorio y alicaté el baño; y después de aquello debo decir algo: no es tan fácil como los libros de bricolaje lo hacen ver.

Tuve que empujarla con el hombro tres o cuatro veces, pero finalmente la puerta gimió, rechinó y se abrió.

—Creía que ibas a contratar a alguien para que te arreglara esto —dijo Murphy.

—Cuando consiga el dinero.

—Creía que ahora te iban a pagar otro cheque.

Suspiré.

—Sí. Pero la tasa de remuneración se estableció en 1959 y el Consejo no la ha aumentado para adaptarla al coste de la vida desde entonces. Creo que toca que la revisen dentro de unos cuantos años.

—Vaya. Son más lentos que los del Ayuntamiento.

—Siempre pensando en positivo. —Entré en la casa y pasé por encima de la gran arruga que de alguna manera se había formado en la alfombra, justo delante de la puerta.

Mi apartamento no es muy grande. Tiene un salón bastante amplio, con una cocina en miniatura situada en un rincón, frente a la puerta. La entrada a mi pequeño dormitorio y al baño está a la derecha según se entra y tiene una chimenea de ladrillo rojo

en la pared de al lado. Estanterías, tapices y carteles de películas se alinean en las frías paredes de piedra. Mi póster original de *La guerra de las galaxias* sobrevivió el ataque; sin embargo, mi colección de libros de bolsillo sufrió mucho. Los malditos zombis siempre doblan las páginas y rompen los lomos de los libros en cuanto terminan de rezumar estupidez y cargarse los muebles.

Tenía un par de sofás de segunda mano que no fueron muy complicados de sustituir por poco dinero. Un par de cómodos sillones viejos junto al fuego, una mesa de café y un gran montículo de pelo gris y negro completan el mobiliario. No hay electricidad y es un pequeño agujero oscuro, pero es un agujero oscuro y fresco, y escapar del sol abrasador suponía un alivio.

La pequeña montaña de pelo se sacudió y algo dio un golpe seco en la pared de al lado cuando irguió su gran y robusta figura perruna cubierta por una gruesa capa de pelo gris y coronada por una melena leonina de un tono algo más oscuro alrededor del cuello, la garganta, el pecho y los hombros. Acudió inmediatamente a saludar a Murphy, se sentó delante de ella y le ofreció la pata delantera derecha.

Ella se echó a reír y le agarró la pata brevemente a pesar de que no podía abarcar con los dedos la totalidad de la extremidad que le ofrecía.

—Hola, Ratón. —Le rascó detrás de las orejas—. ¿Cuándo le has enseñado a hacer esto, Harry?

—No le he enseñado —dije al tiempo que me inclinaba para acariciarle las orejas al perro cuando pasé junto a él para ir a la nevera.

—¿Dónde está Thomas? —Le pregunté a Ratón. Este hizo un sonido y miró hacia la puerta cerrada de mi dormitorio. Me detuve a escuchar un momento y oí un ligero murmullo de agua en las tuberías. Thomas estaba en la ducha. Cogí una Coca-Cola de la nevera y miré a Murphy, que asintió con la cabeza. Saqué una para ella y me acerqué a duras penas al sofá para sentarme lentamente y con cuidado, quejándome todo el tiempo de dolores y molestias. Abrí la Coca-Cola, bebí, y me eché hacia atrás con los ojos cerrados. Ratón se acercó pesadamente para sentarse en el sofá y apoyar su enorme cabeza en mi rodilla. Me acarició la pierna con la pezuña.

—Estoy bien —le dije.

Expulsó aire por la nariz con una mueca perruna algo escéptica y le rasqué las orejas para demostrarle que decía la verdad.

—Gracias por traerme, Murph.

—Sin problema —dijo. Sacó una bolsa de plástico y la arrojó al suelo. Dentro estaban mi túnica, la estola y la capa, las tres salpicadas de sangre. Se acercó al fregadero de la cocina y comenzó a llenarlo de agua fría—. Hablemos pues.

Asentí y le hablé del chico coreano. Mientras lo hacía, metió mi estola en el fregadero y comenzó a frotarla con fuerza en el agua fría.

—Ese chico era lo que los magos entienden como un hechicero —le dije—. Alguien que ha traicionado el propósito de la magia, que se ha torcido desde el principio.

Esperó un momento y luego habló en voz baja, en tono peligroso:

—¿Lo han matado aquí? ¿En Chicago?

—Sí —dije. Me sentí aún más cansado—. Este es uno de nuestros puntos de reunión más seguros, al parecer.

—¿Tú lo presenciaste?

—Sí.

—¿Dejaste que lo hicieran?

—No podría haberlo evitado —dije—. Estaban presentes los pesos pesados, Murphy. Y... —Respiré profundamente—. No estoy seguro de que se estuvieran equivocando del todo.

—Y una mierda —gruñó ella—. Me importa bien poco lo que el Consejo Blanco haga en Inglaterra, América del Sur o donde quiera que vayan a mesarse la barba. Pero han venido aquí.

—No tenía nada que ver contigo —le dije—. Nada que ver con la ley, quiero decir. Eran asuntos internos. Le hubieran hecho lo mismo a ese chico en cualquier parte, eso no importaba.

Sus movimientos se tornaron bruscos durante un momento y el agua rebosó por el borde del fregadero. Entonces se obligó a relajarse, dejó la estola a un lado y se puso a trabajar en la túnica.

—¿Por qué piensas eso? —me preguntó.

—El chico se había metido a lo bestia en temas de magia negra —le dije—. Control mental y ese tipo de cosas. Robaba a las personas su voluntad.

Me miró con ojos fríos.

—No estoy segura de haberlo entendido.

—Es la cuarta ley de la magia —aclaré—. No está permitido controlar la mente de otro ser humano. Pero... demonios, es una de las primeras cosas que estos críos estúpidos intentan hacer, el viejo truco mental Jedi. A veces empiezan logrando que sus profesores no se den cuenta de que no han hecho los deberes o convenciendo a sus padres para que les compren un coche. Son conscientes de su magia cuando tienen quince años o así, y al alcanzar los diecisiete o dieciocho llegan a la madurez de su talento.

—¿Y eso es malo?

—En muchas ocasiones sí —le dije—. No olvides cómo son los chicos de esa edad. No pueden pasarse diez segundos sin pensar en el sexo. Tarde o temprano, si alguien no les enseña otra cosa, usan el control mental para meterse en la cabeza de la animadora y conseguir una cita. O más que una cita. Y después lo prueban con otras chicas, u otros chicos, si nos ponemos políticamente correctos. Alguien se acaba enfadando por haber perdido a su novia o porque han dejado preñada a su hija y el chico trata de corregir sus errores usando más magia.

—¿Pero por qué se ordena una ejecución? —preguntó Murphy.

—Es... —Yo fruncí el ceño—. Entrar en la mente de alguien de esa manera es complicado y peligroso. Tarde o temprano, mientras estás cambiando a la gente, comienzas también a cambiarte a ti mismo. ¿Te acuerdas de Micky Malone?

Murphy no llegó a echarse a temblar, sin embargo, sus manos dejaron de moverse durante un momento. Micky Malone era un oficial retirado de la policía. A los pocos meses de haber dejado el cuerpo, una entidad espiritual encolerizada y perversa practicó un ataque psíquico contra él y le lanzó hechizos de tormento a mansalva. El ataque transformó a un policía jubilado con aspecto de abuelo respetable en un loco maniaco totalmente fuera de control. Hice todo lo que pude por el pobre tipo, pero el asunto fue bastante grave.

—Me acuerdo —dijo Murphy en voz baja.

—Cuando una persona se mete en la cabeza de otra le inflige varios tipos de daño, igual que le sucedió a Micky Malone. No obstante, la persona que lo hace también los sufre. Se hace más fácil doblegar a los demás a medida que tú te vas doblegando. Es un círculo vicioso. Es peligroso para la víctima, y no solo por las consecuencias directas de creer de repente que el hechicero es el dios-rey del universo. Crea tensión en la psique, y mientras más atípico sea el comportamiento y el sentimiento inducido, más daño les hace. La mayoría de las veces se convierte en una crisis total.

Murphy se estremeció.

—¿Como esos trabajadores de oficina a los que se lo hizo Mavra? ¿Y los Renfield? Un destello fantasmagórico de dolor recorrió mi mano mutilada al recordarlo.

—Exactamente igual —le dije.

—¿Qué puede conseguirse con esa clase de magia? —preguntó con voz algo más apagada.

—Demasiado. Este chico había obligado a un grupo de personas a suicidarse y a otras cuantas a cometer asesinatos. Además, había convertido en sus esclavos personales a varias personas, la mayoría de ellas miembros de su familia.

—Dios mío —dijo Murphy en un susurro—. Eso es horrible.

Asentí.

—Así es la magia negra. Si dejas que entre en ti, te cambia. Te mancha.

—¿No hay otra cosa que el Consejo pueda hacer?

—Cuando el chico llega tan lejos, no hay nada que se pueda hacer. Lo han intentado todo —le dije—. A veces el brujo parece mejorar, pero al final todos vuelven a recaer. Y más gente acaba muriendo. Así que, a menos que alguien en el Consejo se haga responsable del brujo, lo acaban matando.

Murphy pensó por un momento en lo que acababa de oír.

—¿Podrías haberlo hecho tú? ¿Haber asumido la responsabilidad?

Me revolví incómodo.

—En teoría, supongo. Si hubiera creído que se le podía salvar.

Apretó los labios y no se apartó del fregadero.

—Murph —le dije tan suavemente como pude—. La ley no puede manejar algo así. No podrías detenerlos ni contenerlos sin usar una magia poderosa para neutralizar sus poderes. Si colocas a un hechicero enfadado delante de un abogado de oficio, la cosa se pondría fea. Peor que con los lupinos.

—Tiene que haber otra manera —insistió Murphy.

—Una vez que un perro se vuelve rabioso no hay manera de recuperarlo —le dije—. Lo único que se puede hacer es evitar que haga daño a los demás. La mejor solución es prevenir. Encontrar a los chicos que muestran un mayor talento y enseñarles lo correcto desde el primer momento. No obstante, la población mundial ha crecido tanto en este siglo pasado que el Consejo Blanco no puede identificarlos a todos o llegar hasta ellos. Sobre todo ahora, cuando hay una guerra en marcha. Es tan simple como que no somos suficientes.

Ella inclinó la cabeza, mirándome fijamente.

—¿Nosotros? Es la primera vez que te oigo referirte al Consejo Blanco incluyéndote en él.

No estaba seguro de qué contestar a aquello, así que me terminé el resto de mi Coca-Cola. Murphy devolvió la atención al lavado unos minutos, apartó la túnica a un lado y tomó la capa gris. La sumergió en el fregadero, frunció el ceño y luego la levantó.

—Fíjate en esto —dijo—. La sangre ha salido sola en cuanto ha tocado el agua.

—Es como si ese chico no hubiera muerto. Qué guay —dije con tranquilidad.

Murphy me miró un momento.

—Tal vez esto es lo que sienten los civiles cuando ven a los policías haciendo el trabajo sucio. Muchas veces no entienden lo que está pasando. Ven algo que no les gusta y se ponen nerviosos porque no tienen acceso a la historia completa, no se están enfrentando personalmente al problema, y no saben hasta qué punto es peor la alternativa.

—Tal vez —convine.

—Es una mierda.

—Lo siento.

Me dedicó una sonrisa fugaz, pero su expresión se tornó de nuevo seria cuando cruzó la sala de estar para sentarse a mi lado.

—¿De verdad crees que lo que hicieron era necesario?

Que Dios me perdone, pero asentí.

—¿Por eso fue tan duro contigo el Consejo durante tanto tiempo? ¿Pensaban que eras un hechicero a punto de recaer?

—Así es. Salvo la parte en la que usas el tiempo pasado. —Me incliné hacia delante, mordiéndome el labio—. Murph, esta es una de esas cosas en las que los policías no pueden involucrarse. Ya te dije que habría situaciones como esta. Lo que ha sucedido me gusta tan poco como a ti. Pero, por favor, no fuerces nada. Eso no ayudaría a nadie.

—No puedo ignorar un cadáver.

—No encontrarán ninguno.

Ella negó con la cabeza y miró fijamente la Coca-Cola un rato más.

—Muy bien —concluyó—. Pero si el cuerpo aparece o alguien denuncia, no tendré otra elección.

—Lo entiendo. —Miré a mi alrededor para cambiar de tema—. En fin. Hay magia negra en marcha en Chicago, según una carta moleestamente escueta del guardián de la puerta.

—¿Quién es ese?

—Un mago demasiado misterioso.

—¿Le crees?

—Sí —dije—. Así que debemos estar atentos a posibles asesinatos, incidentes extraños y así sucesivamente. Lo de siempre.

—Bien —dijo Murphy—. Estaré atenta a los cadáveres, bichos raros y monstruos.

La puerta de la habitación se abrió y de ella salió mi medio hermano Thomas, recién duchado y oliendo ligeramente a colonia. Rondaba el metro ochenta de estatura y su constitución era la de un dios del gimnasio, todo músculos esculpidos y bien formados, algo que no era demasiado bueno. Llevaba un pantalón negro y zapatos también negros y se estaba poniendo una camiseta azul pálido sobre su duro abdomen cuando entró en la sala de estar.

Murphy lo observó con sus brillantes ojos azules. Thomas es muy agradable a la vista. También es un vampiro de la Corte Blanca. No les van tanto los colmillos y la sangre

como la piel pálida y un sexo ardiente y sobrenatural, pero el hecho de que se alimenten de fuerza vital cruda no les hace menos peligrosos.

Thomas había trabajado duro para mantener sus ansias bajo control, de manera que cuando se alimentaba no hería gravemente a nadie; no obstante, yo sabía que había sido difícil para él y que llevaba el peso de aquella lucha interna siempre sobre sus hombros. Era patente en su expresión y asemejaba sus movimientos a los de un hambriento y delgado depredador.

—¿Monstruos? —preguntó al tiempo que se metía la camiseta por la cabeza. Sonrió con amabilidad y saludó—: Karrin, buenas tardes.

—Teniente Murphy para ti, guapito —replicó ella, pero en su rostro se formó una sonrisa agradecida.

Él le devolvió la sonrisa tocándose el pelo, que incluso cuando estaba mojado y despeinado lucía descuidadamente atractivo.

—Vaya, gracias por el cumplido —dijo. Se agachó para rascarle las orejas a Ratón, me hizo un gesto con la cabeza y se apoderó de su gran bolsa negra de gimnasio.

—¿Tienes algún asunto pendiente en la ciudad, Harry?

—Eso se rumorea —dije—. No he tenido tiempo de investigarlo todavía.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué diablos te ha pasado?

—Un pequeño problema con el coche.

—Ajá —dijo. Se colgó la correa de la bolsa en el hombro—. Oye, si necesitas ayuda, házmelo saber. —Miró el reloj y añadió—: Tengo que irme.

—Claro —le dije a su espalda. Cerró la puerta tras de sí.

Murphy arqueó una ceja.

—Eso ha sido algo brusco. ¿Seguís llevándoos bien?

Hice una mueca y asentí.

—Bueno... no sé, Murph. Ha estado muy distante conmigo últimamente. Y se pasa fuera casi todo el tiempo. Día y noche. Duerme y come aquí, pero sobre todo cuando estoy trabajando. Y cuando lo veo es siempre así, de pasada. Siempre va con prisa a alguna parte.

—¿Adónde? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Estás preocupado por él —sentenció.

—Sí. Solía estar mucho más tenso. Ya sabes, todo el rollo del hambre del incubo. Me preocupa que tal vez haya decidido que controlar el apetito ya no va con él.

—¿Crees que le está haciendo daño a alguien?

—No —dije enseguida, tal vez demasiado rápido. Me obligué a calmarme y luego añadí—: No, no tanto como eso. No lo sé. Me gustaría que hablara conmigo, pero desde el otoño pasado tiende a mantener las distancias.

—¿Le has preguntado? —quiso saber Murphy.

La miré.

—No.

—¿Por qué no?

—No se hace así —dije.

—¿Por qué no?

—Porque los tíos no lo hacemos así.

—Vamos a ver si lo entiendo —dijo Murphy—. ¿Quieres que hable contigo pero no se lo dices ni le preguntas nada? Te sientas con él en silencio y soportando la tensión pero ninguno de los dos decís nada.

—Así es —confirmé. Me miró fijamente—. Necesitas una próstata para entenderlo —dije.

Ella sacudió la cabeza.

—Entiendo lo suficiente. —Se levantó y dijo—: Sois idiotas. Deberías hablar con él.

—Tal vez —dije.

—Mientras tanto, voy a mantener los ojos abiertos. Si me topo con algo raro, me pondré en contacto contigo.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperar a la puesta de sol —dije.

—Y entonces, ¿qué? —me preguntó.

Me froté mi cabeza dolorida al tiempo que sentía unas repentinas ansias de pelearme contra el que me había echado de la carretera y el idiota que había decidido hacer trastadas en mi ciudad natal jugueteando con magia negra.

—Entonces me pondré mi sombrero de mago y comenzaré a averiguar lo que está pasando.